

¡ Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores
que pinta Dios y yo abrigo !
¡ Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones !
pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones.

¡ Quiero vivir ! A Dios voy
y á Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.

De luz y de sombras soy
y quiero darme á las dos.....
¡ Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla,
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN



Un hombre raro : LOMBROSO

TRADUCIDO DEL "MERCURIO DE FRANCIA," POR RAMÓN GOENAGA

II

La psicología del lector moderno está aún por hacer, psicología compleja en verdad ! El lector moderno no es un tipo simple, único, es un sér multiforme, ondulante y vario, un Proteo ! El lector moderno se llama legión. El lector de otros tiempos pertenecía á lo selecto, era un

hombre instruido, serio, paciente, que leía menos de lo que se lee hoy, pero que leía mejor; el grave, sereno lector de antaño, aquel que meditaba en grandes infolios á la suave luz de moradas holandesas, está ya hace luengos años olvidado. El periodismo y la neurastenia le han muerto. Hoy el lector capaz de leer una obra científica ó literaria de largo aliento es en sí mismo un sér nervioso, siempre apresurado, que tiene de ideal el leer el mayor número de páginas en el más corto espacio de tiempo posible, trata de penetrar con una ojeada, rápidamente, el orden de las ideas; se ve obligado á leer tantos libros, que reencuentra sin cesar los mismos conceptos con indiferentes variedades de expresión, los reconoce y pasa adelante. Pero el daño causado por la producción excesiva de libros nada es, comparado con la multiplicidad de periódicos. Es espantoso pensar que la mayor parte de las personas que saben leer, no tan sólo en los medios populares sino también y especialmente entre la gente burguesa, tienen como objeto principal de lectura el periódico, el diario, es decir, por lo general un hacinamiento de hechos inexactos ó simplemente inventados, de consideraciones políticas, absurdas ó mentirosas, de informaciones que proceden, por lo regular, de individuos incompetentes, de literatura de baja estofa y todo tan mal escrito como es posible. La diaria lectura del periódico habitúa el espíritu á las ideas poco precisas, á la superfluidad del juicio, á la crítica nula, á la vulgaridad de los sentimientos, á la insulsez del estilo; es uno de los medios de embrutecimiento más poderosos de nuestra civilización.

No podría insistirse con ahinco demasiado sobre este punto, que por el hecho del periódico las teorías nuevas ó los descubrimientos científicos no alcanzan al gran público sino de segunda ó de tercera mano, de consiguiente incompletas, deformadas, disfrazadas; en el dominio intelectual, así como en el dominio económico, entre el productor y el consumidor existen intermediarios numerosos, que son verdaderos parásitos sociales. El periodista, falto de cultu-

ra y sin holganzas no puede tomar sus luces directamente en las fuentes, y se dirige á los "vulgarizadores," quienes se encargan de poner la ciencia al alcance de las inteligencias mediocres y de las personas deseosas de procurarse ese barniz de sabiduría que basta para hacer pasar á un hombre por erudito en los salones. Los libros de esos "vulgarizadores" tienen mayor número de lectores que los de los sabios verdaderos, y forman el principal pasto intelectual de la burguesía "instruida." Son estos los libros favoritos de las personas que ejercen las profesiones llamadas liberales. *Fuerza y materia*, de L. Büchner, por ejemplo, contiene las ideas filosóficas generales de que se contenta la inmensa mayoría de los médicos, y he oído decir á uno de ellos que ese libro era "su Evangelio."

Los "vulgarizadores" son un procedente del periodismo, del cual tienen los procedimientos y el estilo: la lectura de sus libros no exige ni más inteligencia, ni más reflexión que la lectura del periódico, sino sencillamente mayores ocios. Los "vulgarizadores" son superficiales y ligeros, hábiles y brillantes, quieren significar todas las cosas, todo es fácil de comprender para ellos, nada exige una gran tensión del espíritu, los problemas más complejos se resuelven sin esfuerzo por esos prestidigitadores que ejercen el oficio de escamotear listamente las dificultades, ni desdeñan tampoco el distraer y divertir su lector, y éste los deja, contento con ellos y consigo mismo.

Ya se ve, encontramos aquí los caracteres que hemos reconocido en Lombroso, sus procedimientos son los de los vulgarizadores, la misma falta de crítica, los mismos poco más ó menos, las mismas falsificaciones de los problemas, el mismo lenguaje con la sola diferencia de que Lombroso propaga así sus ideas propias, que permanecían hasta entonces subconscientes, pero que se aclaran ahora de pronto y se despliegan. Lombroso ha suministrado á multitud de gentes ideas que corresponden con sus deseos, y les ha realizado en su propia estimación y les ha dado pre-

texto de admirarse á sí mismos: ahí yace el secreto de su popularidad.

III

El odio á todo lo que se eleva, se distingue, se personifica, es uno de los rasgos más característicos de nuestra sociedad burguesa. Este odio se encuentra en todo, bajo todas las formas y en todos los grados; no es más permitido vestirse hoy contrariando la moda corriente, que tener ideas propias; la tendencia que domina es á nivelar, á la objetividad; los eunucos reinan. Hay que estar acorde ó parecerlo, so pena de pasar por un "original," título el más peligroso que pueda llevarse hoy. Un "original" vale tanto como decir un loco! Lombroso no titubearía, diría desde luego, es un loco—ó mejor, un *mattoide*. El *mattoide*, invención de Lombroso, es el sér que toca por cualquier lado á la locura; para Lombroso es en el fondo una especie de loco, pero no lo es bastante para que sea posible colocarle en un asilo de dementes; no escandaliza á los que pasan, no es peligroso inmediato, pero puede llegar á serlo si se le da oídas á sus discursos; no tiene ordenado el cerebro, *no piensa como todo mundo*; por otra parte, es en veces de lengua suelta, capaz de seducir, de convencer, de subyugar los "hombres normales," quienes según las teorías de Lombroso, no pecan de mucha malicia. En efecto, el "hombre normal," "no es letrado, ni erudito, es el hombre que trabaja y come" (1), casi no reflexiona, los grandes problemas humanos poco le preocupan, es un sér inerte, conservador por esencia, misoneísta. "El hombre, naturalmente, eternamente conservador, no habría progresado jamás sin la combinación de circunstancias extraordinarias que le ponían en la necesidad de soportar el dolor de la innovación para mitigar otros dolores más grandes y la aparición de algunos hombres singulares, como los lo-

(1) El hombre de genio, XXXV.

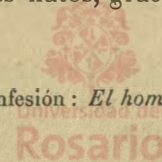
cos de genio y los matoides, quienes por su organización anormal tienen un altruísmo exagerado, una actividad cerebral superior en mucho á la de sus contemporáneos, adelantan los acontecimientos, arrastran á las innovaciones....." (1). Tales son los conceptos de Lombroso acerca de la filosofía de la historia!

De que se sigue que se proclama al hombre mediocre, el sólo normal, el único razonable, de una manera asaz deshonrosa para él, es cierto, puesto que se le reconoce debidamente que no ejerce sobre los demás ninguna acción, que permanece inactivo, encharcado en su pantano, durante la vida. ¡Pero qué importa! se le declara que es sana la permanencia en las aguas estancadas, y corromperse, que es esa una virtud, un deber social; se le enseña que los que tratan de sacudirse el lodo son locos, que tiene el derecho de enorgullecerse de sí mismo, y nadie en adelante le sobrepujará. Esos genios que antes le obligaban á respetar, no son siquiera sus iguales, puede despreciarlos, puede mirar sus obras con una sonrisa indulgente, como los productos de imaginaciones enfermas, de cerebros cascados. La ruidosa alegría del triunfo de los mediocres oculta, sin embargo, todavía una inquietud, y los genios, los apasionados, los revolucionarios son siempre los más fuertes, los de mejores dotes; la turba, á pesar de todo, sufrirá su ascendiente, será arrastrada por ellos. Si han podido, "desdeñando y sobreponiéndose á los obstáculos que habrían aterrado á todo calculador frío, acelerar por siglos enteros el "brote de la verdad" (2), lo pueden todavía. ¿Cómo garantizar contra ellos al hombre normal?

Es aquí donde aparece la utilidad práctica de las teorías de Lombroso sobre la epilepsia. La asimilación del criminal-nato al epiléptico (y la mayor parte de los criminales pueden pasar por criminales-natos, gracias al siste-

(1) L'Homo delinquente, I, 67.

(2) Lombroso hace esta singular confesión: *El hombre de genio*, pág. 493.



ma Lombroso), la naturaleza "epiloploide" de los criminales por pasión, de los revolucionarios, de los genios, y otras ideas análogas, suministran medios de "defensa social," excesivamente sencillos y de cómoda aplicación. Lombroso mismo hizo á este respecto indicaciones muy netas en su libro *Los Anarquistas*: "La represión violenta, escribe él, tiene el mal de enorgullecer los anarquistas, de hacerles creer que pesan en el destino de los pueblos....."

"Al contrario, la internación en las casas de locos, por lo menos de todos aquellos que son epilépticos ó histéricos, sería una medida más práctica, especialmente en Francia, en donde el ridículo mata, porque los mártires son venerados mientras que se ríe de los locos—y un hombre ridículo no es nunca peligroso" (1).

Obsérvese cuán avisado se mostraba Lombroso al rechazar indefinidamente los límites de la epilepsia, á fin de poder incluir en ellos cualquier caso que ocurriera, cómo la falta de precisión de sus diagnósticos hace el sistema que preconiza de una aplicación amplia y fácil.

Hé aquí algunas medidas de policía que todos los Estados, según él, podrían tomar de común acuerdo contra los anarquistas: "La fotografía general de todos los adeptos de la anarquía militante, la obligación internacional de señalar los cambios de lugar de los personajes más peligrosos, el envío á los manicomios de todos los epilépticos, monómanos y matoides que padezcan de anarquismo—medida mucho más seria de lo que se creería á prima vista—la secuestración perpetua de los individuos más peligrosos, apenas hayan cometido un grave delito de derecho común, en cuanto fuere posible en las islas lejanas de la Oceanía y la demostración en forma popular y anecdótica, esparcida por miles de ejemplos de sus absurdos, la orden de dejar á las poblaciones libres de hacer manifestaciones contra ellos,

(1) *Gli Anarchici*. 2.^a edit., pp. 120-121. Se ha hecho una excelente refutación de este libro por R. Mella: *Lombroso y los anarquistas*. Barcelona, 1896.

aun por la violencia, creando así una verdadera leyenda antianarquista popular en el mismo medio que ellos tratan de seducir más" (1).

Vese que Lombroso merece ser colocado en el número de los más firmes sostenes de la sociedad, no retrocede ante ningún medio, fuese éste el más ilegal, para salvarla, de acuerdo en esto con algunos gobiernos europeos, pero su idea favorita, su más.... genial idea es, sin duda alguna, aquella de enviar á las Casitas (2) las personas que perturben la digestión pacífica de los hombres normales. Por ello esta idea ha sido acogida con entusiasmo por la mayoría de los burgueses, pues que permite desembarazarse de los molestos de una manera definitiva, y es además una idea filantrópica. Hasta aquí se han llenado las prisiones de desdichados enfermos, que en adelante se cuidarán con solicitud, con ternura. Se les separará con delicadeza del organismo social y se les pondrá en paz por el resto de sus días en algún lugar bien separado del mundo. A estos infortunados se les evitará aún la pena de cometer alguna infracción de las leyes que rigen, se les colocará desde que manifiesten signos de degeneración, que los libros de Lombroso permiten reconocer fácilmente. ¿No es cierto que hay generosidad, nobleza, en esta idea?

IV

Si la influencia de Lombroso fuera tan profunda como es extensa, habría motivo para hablar del *peligro Lombroso*. Felizmente no hay nada, sus errores son demasiado groseros, su incapacidad intelectual demasiado flagrante para que pueda extraviar los espíritus serios. Como lo he dicho, su influencia es nula con los sabios verdaderos, hace tiempos que lo absurdo de sus teorías ha sido puesto en claro con evidencia (3). Los mejores psiquiatras modernos apenas

(1) Loc, cit, p. 121. Vuelvo á repetir que traduzco literalmente.

(2) Petites-Maisons, nombre que se daba antiguamente á un hospital de París en donde se encerraba á los dementes. (Littré, N. del T.).

(3) Principalmente por Mendel, por Hirsh (Genie und Entartung), por el Dr. Toulouse, en su libro concienzudo sobre Zolá, etc.

citan su nombre y lo ejecutan en pocas palabras. En cuanto á su éxito con los burgueses, los hombres mediocres, los periodistas, no es de inquietarse sino por los efectos actuales, por cuanto no podrá tener consecuencias lejanas, porque esas gentes no ejercen, según confiesa el mismo Lombroso, ninguno acciona en la marcha de los acontecimientos, y no puede impedir el *brote de la verdad*, debido, como lo hemos visto, á los matoides de todo género!

Dentro de cincuenta años las teorías de Lombroso habrán desaparecido sin dejar vestigios, entonces sin duda el historiador le hará justicia y le reconocerá por lo menos un mérito, el de haber provocado discusiones numerosas, haber removido las ideas, hecho surgir contradictores, atraído con viveza la atención sobre cuestiones de gran importancia social. Lombroso ha sido uno de los primeros en ver que todo el derecho penal está construido sobre bases falsas, que es absurdo condenar los criminales en virtud de la naturaleza y de los efectos de su crimen, que el grado de responsabilidad varía considerablemente de individuo á individuo. El criminal-nato existe realmente, pero Lombroso lo ha definido con insuficiencia, y lo da de consiguiente como más frecuente de lo que es en efecto.

El error mismo es fecundo por algún lado, franco y brutal, es bien menos peligroso que la mentira hábil que puede simular la verdad largo tiempo. A este respecto Lombroso no es ciertamente mediocre; el error toma en él proporciones enormes, se engaña de manera soberbia y deliberada, una vez dentro de esta vía va derecho delante de sí, y no se deja detener por nada, es entero, tiene el valor de la necedad, tanta obstinación cuanta desconcertante ceguedad. Pasaría uno sin detenerse, ni seguirse dando uno el trabajo de combatir sus teorías, si no fuera porque la porción más despreciable de nuestra sociedad se ha apoderado de ellas y trata de hacerle un instrumento de reacción.